

*Miércoles, 16 de diciembre de 2015*

7

Tras abandonar la ruta, apagó las luces del automóvil y aminoró la marcha. Estaba decidido a recorrer las diez cuadras que lo separaban del arroyo tan solo iluminado por el resplandor de la luna.

Las calles se mostraban desiertas. A esa altura del año, el balneario apenas cobraba vida durante los fines de semana, cuando algunos de los propietarios lo utilizaban como excusa para escapar del vértigo y de la sensación opresiva de la ciudad. Recién cuando llegaba el verano, y la proximidad del mar lo convertía en un sitio ideal para vacacionar, las calles se llenaban de personas que paseaban en bicicleta o disfrutaban de la playa hasta que el sol se ocultaba.

A pesar de las pocas residencias que tenían las luces encendidas, sabía que debía extremar las precauciones para no ser visto. Se sentía muy cerca de la libertad, un premio que conseguía solo cuando saciaba su deseo de matar.

Habían transcurrido cuatro años desde su primera víctima, pero todavía recordaba lo que sintió al contemplar cómo se apagaba el brillo en los ojos de aquel individuo. Nada se comparaba con eso. Nada.

Aunque ese día creyó que podría dejarlo cuando quisiera, el paso del tiempo le demostró que estaba equivocado: como un manto de niebla que aparece sin pedir permiso y lo cubre todo en cuestión de segundos, así se apoderaba de su mente la desesperación por asesinar.

8 Le gustaba verse a sí mismo como un alcohólico. «Ellos también lastiman a los demás», se decía. Eso le alimentaba la ilusión de que algún día lograría vencer su enfermedad. Porque así se sentía: enfermo. Fantaseaba con presentarse ante una hipotética reunión de Asesinos Anónimos y, luego de decir su nombre en voz alta, animarse a reconocer con voz temblorosa:

—Hoy se cumple un año desde la última vez que asesiné.

Sin embargo, ahora estaba allí: muy cerca de volver a hacerlo por segunda vez en menos de una semana.

Parecía que el pasajero que transportaba en el maletero continuaba inconsciente. Suponía que el efecto del sedante lo mantendría así durante algunos minutos más.

Tras recorrer la última cuadra, se topó con el arroyo. Unos metros hacia la derecha, sobre la calle que lo bordeaba, se hallaba su casa. Era una vieja construcción de dos plantas con techo de tejas a dos aguas. Pegado a la vivienda había un garaje. El resto de la cuadra solo contaba con tres casas. Las construcciones, dos de ellas

mansiones modernas que desentonaban con el estilo informal y antiguo de la zona, estaban distanciadas entre sí varios metros.

Con el mismo sigilo con el que había llegado hasta allí, condujo el coche sobre las huellas de pedregullo que lo llevaban hasta la entrada del garaje. Utilizó un control remoto para abrir la puerta. Ya dentro, volvió a cerrarla y quedó sumido en la oscuridad. Apagó el auto y descendió. El espacio interior daba apenas para abrir las puertas del vehículo. Tanteó hasta que halló un interruptor sobre la pared y lo accionó. Se encendió una lámpara en el techo y dejó al descubierto la puerta que conectaba el garaje con el resto de la casa. Estaba cerrada. Ingresó un código de cuatro dígitos en el teclado de la alarma y giró el pestillo. Sintió que el olor a humedad lo golpeaba. La casa pasaba la mayor parte del año cerrada, solo la utilizaba en ocasiones especiales.

Fue hacia el maletero. Su próxima víctima continuaba dormida. La cargó sobre el hombro. No pesaba demasiado. Ingresó por la cocina y se dirigió hacia el *living*. Caminó en dirección a la escalera que conducía a la segunda planta, pero no subió. Debajo del descanso había una puerta pequeña y angosta, como si se tratase de la entrada hacia una despensa. La abrió y encendió una bombilla interior. Una nueva escalera apareció frente a sus ojos, una que se internaba en las entrañas de la casa. Descendió con cuidado y llegó a una habitación. Estaba vacía y en penumbras. En el medio del cuarto, había un pilar de madera que se extendía desde el techo hasta el

suelo con una soga atada alrededor. Caminó hacia allí y depositó a su presa en el piso, le apoyó la espalda contra la columna. Un gemido le alertó de que debía apresurarse. El efecto de la droga se extinguía.

Cuando terminó de ajustarle la cuerda alrededor del cuerpo, lo amordazó, se alejó unos pasos y contempló su obra. A diferencia de las veces anteriores, vio que las manos le temblaban y sintió que el corazón le latía a gran velocidad. No se asustó. Sabía por qué le sucedía: era la primera vez que se proponía quitarle la vida a un niño.